

# Consideraciones ocasionales

(Selección de artículos,  
ensayos y conferencias)

Nayib Camacho O.

Editorial Unillanos

Camacho O. Nayib

Consideraciones ocasionales. Artículos, ensayos y conferencias /  
Nayib Camacho O. – Villavicencio: Editorial Unillanos, 2016

p. 148, il. (21 X 14 cm.)

Incluye: Bibliografía

ISBN 978-958-8927-12-1

1. Educación – Ensayos, Conferencias, Etc. 2. Pedagogía – Ensayos,  
Conferencias, Etc. 3. Docencia - Ensayos, Conferencias, Etc. I. Título.

CDD 370.192 ed. 21

Catalogación en la publicación – Biblioteca Universidad de los Llanos

© Nayib Donaldo Camacho Oviedo

© Universidad de los Llanos

Distribución mundial

Diseño de cubierta y diagramación: Natalia Rojas Castro

Editorial Unillanos, 2014

Kilómetro 12 vía Puerto López, vereda Barcelona

Email: [editorialunillanos@unillanos.edu.co](mailto:editorialunillanos@unillanos.edu.co)

[www.editorial.unillanos.edu.co](http://www.editorial.unillanos.edu.co)

Villavicencio, Meta

Impresión

Editorial Kimpres

Calle 19 Sur No. 69C-17

[www.kimpres.com](http://www.kimpres.com)

Bogotá D.C.

Descargo de responsabilidad: la información contenida en este libro es producto del autor y por consiguiente no compromete la posición de la Universidad de los Llanos.

Es mi costumbre y además es mi oficio.  
Durante mucho tiempo tomé la pluma como una  
  espada; ahora conozco nuestra impotencia.  
No importa, hago, haré libros; hacen falta; aun así  
sirven. La cultura no salva nada ni a nadie, no justifica.  
Pero es un producto del hombre: el hombre se  
  proyecta en ella, se reconoce; solo le ofrece su  
  imagen este espejo crítico.

Jean Paul Sartre

Un escritor es algo extraño.  
Es una contradicción y también un sinsentido.  
Escribir también es no hablar.  
Es callarse. Es aullar sin ruido.

Marguerite Duras

## - C o n t e n i d o -

Prólogo (pág 11)

Elementos para entender una educación aberrante (pág 15)

Pensar es malsano (pág 27)

La formación: ¿una cuestión de sensatez o una  
cuestión instrumental? (pág 31)

Reflexión, imaginación e ingenio (pág 57)

Nostalgia de la universidad (pág 71)

Reforma o necesidad de psicoanálisis (pág 79)

La carrera de relevos generacionales (pág 85)

Apuntes sobre la topografía pedagógica nacional (pág 95)

Sobre pedagogía, docencia y enseñanza (pág 113)

Navegación y conocimiento (pág 131)

Bibliografía (pág 145)

**D**amos la bienvenida y le auguramos una cualificada recepción en el ámbito universitario y cultural en general, a la significativa y reciente obra del profesor Nayib Camacho, *Consideraciones ocasionales*.

11

Este nuevo trabajo, que hemos tenido el privilegio de leer en su nuevo formato de libro, se destaca por su atinado enfoque crítico y por su sensibilidad para abordar y plantear cuestiones decisivas de nuestro diario vivir, deliberar y pensar en el campus y en el diverso y complejo universo de la cultura, las artes, la ciencia y la tecnología.

El título del libro obedece, quizás, si lo analizamos en la era digital del tiempo y las circunstancias que dieron origen primigeniamente a los trabajos que integran el corpus de la obra, a ensayos, conferencias, artículos, etc., de aparición ocasional en revistas y publicaciones seriadas de la Universidad de los Llanos, o en auditorios y salas de conferencias, pero que articulados de forma renovada en formato libro, se redimensionan de manera significativa, porque el contexto móvil que les da la posibilidad de aparición y el nuevo contexto sociocultural de recepción, los dota de nuevas motivaciones y expectativas.

La semiología de los textos componentes, que tenían una autonomía relativa en su versión original, por efecto de su nueva presentación, se relativizan, pues los textos mirados en su conjunto se implican recíprocamente, dando lugar a una nueva hermenéutica que hace posible novísimas y renovadas interpretaciones, teniendo un común campo de referencia.

Es un libro polivalente y necesario, que se debe leer entre líneas, pues constituye un registro audaz, en esa medida, auténtico, para romper nuestro conformismo y pasividad en relación con los puntos álgidos que ocupan nuestras preocupaciones cotidianas. En la medida en que el libro los tematiza, los torna sugestivos a la reflexión y el análisis.

Que el libro *Consideraciones ocasionales* se presente a la reflexión de la comunidad académica, en medio de la atonía cultural e intelectual en la que nos hallamos, por efecto de lo que el nobel peruano Mario Vargas Llosa llamó “la civilización del espectáculo”, es quizás la oportunidad singular de convocar a lectores, analistas, investigadores, profesores y funcionarios para analizar todo aquello en lo que se ha convertido en el diario existir, la cultura, la educación y la academia, como resultado de la banalización.

Leyendo el libro y asumiendo la necesaria actitud crítica y reflexiva a la que nos invita a los lectores, a lo largo y ancho de sus páginas, uno entiende muchos de los absurdos y sinsentidos a los que estamos determinados (no obligados) por políticas oficiales nihilistas y sin futuro.

Miguel Antonio Guerrero Borda

Profesor

En su interpretación de los sueños, Freud asume que estos son la expresión irracional y asocial de la personalidad del ser humano; sobre dicho principio se fundamenta su teoría psicoanalítica. Es decir, ellos serían la

ELEMENTOS PARA ENTENDER "lo

más bajo" dentro

de lo profundo de la psique humana.

En este sentido, nuestros actos pueden ser motivados por impulsos, sentimientos y deseos que desconocemos; se dan en el plano del inconsciente, o "ego", y son

**E**n su interpretación de los sueños, Freud asume que estos son la expresión irracional y asocial de la personalidad del ser humano; sobre dicho principio se fundamenta su teoría psicoanalítica. Es decir, ellos serían la expresión de “lo más bajo” dentro de lo profundo de la psique humana. En este sentido, nuestros actos pueden ser motivados por impulsos, sentimientos y deseos que desconocemos; se dan en el plano del inconsciente, o “ego”, y son sometidos por la censura que ejerce el consciente, o “yo”, es decir, la censura de las normas sociales, o del “superyó”.

Durante mucho tiempo he intentado responder este interrogante de orientación nietzscheana: ¿cuáles son los motivos de la acción humana? La finalidad es sencilla: comprender por qué las personas manifiestan un inconsciente amor por el látigo bajo una aparente felicidad que oculta la realidad de su esclavitud. Y en diversos escenarios me he encontrado con algunos indicios explicativos que conducen al mundo de lo literario, lo filosófico, lo cotidiano, lo económico y lo educativo.



Siempre he sostenido que la palabra *Universidad* significa una nueva relación con el saber, una relación que descansa sobre un acto de voluntad. Podría pensar, desde la perspectiva freudiana, que se trata de la concreción de un sueño producto de una motivación arraigada en un impulso, un sentimiento y un deseo sometido a la consideración del consciente, es decir, del “yo”. Dicho de otro modo, el ingreso a la universidad no debería ser un acto espontáneo, mucho menos un acto irracional. Con ello quiero decir que nuestro abandono feliz en el mundo del saber, en el mundo del saber por el saber, es una prueba de nuestro grado de conciencia y de confianza en nuestro destino y nuestro deseo, como una afirmación en la que suponemos hay locura.

Como acto consciente y volitivo, nuestra permanencia en el mundo de la universidad es una afirmación de algo superior y agradable, algo que debería disfrutarse porque es algo muy distinto al odioso mundo del trabajo; ese mundo donde las regulaciones convencionales y la simulación colectiva desfavorecen considerablemente la expresión individual y los actos de justicia.

18

Generalmente lo que vienen a hacer muchos profesores en la universidad, al amparo de ser un centro democrático, por cuanto a él asisten muchos y diversos hombres, es tratar de ajustar y adiestrarlos a todos en el miedo. Por eso la universidad es la más clara expresión de lo que significa la extensión del mundo de la homogeneidad. Quiero decir con ello que el trabajo desgraciado, exitoso y alienado no es el destino del hombre. Y mucho menos la universidad debería ser esa fábrica de mentalidades romas, chatas y de conducta abyecta ante el estímulo sensorial de una moneda o de un plato de comida.

Aunque muchos podrán venir a la universidad con la idea de adquirir un conocimiento, lo cierto es que sus sueños se trocan rápidamente en adiestramiento para el mercado laboral. Los estudiantes se han convertido en simples consumidores de servicios. Ni siquiera producen conocimientos, porque estos, que antiguamente se amparaban por lo menos en una tesis

de grado donde se meditaba al menos un año con la finalidad de proponer algo interesante, fue reemplazada por las famosas pasantías, esas particulares formas del entrenamiento servil, de la práctica hueca, del repaso instructivo y del trabajo gratuito. No hay maestros. Por ningún lado asoma un pensador. Hasta prestamistas vemos en las aulas. Por eso el pensar sufrió una depreciación irrecuperable. Y no puede haber democracia allí donde la incertidumbre y la desorientación son el sentimiento común que subyace en el hacer cotidiano. Y por eso ahí vemos a la juventud esclavizada a una idea de “éxito” consagrada solo a la consecución de una mercancía más o a su sustitución inmediata por efectos de la obsolescencia programada.

¿Alguien recuerda los oficios de antes?

Creo que hay un exceso de titulaciones. Antes la gente dominaba un saber y este era casi imperecedero. Ahora ustedes son partícipes de tanto retitulado con doctorado incluido que siguen en la misma inopia mental. Pero los carteles dan crédito. Hay exceso de circulación y viajes internacionales, y mucho aprendizaje en el exterior, pero la universidad y la sociedad sigue siendo las mismas. Los títulos son rentables, la experticia adquirida en el pago de certificaciones debe ser reembolsada. Y ello se impone sobre el prestigio y la rentabilidad salarial.

Las universidades se llenaron de microespecializaciones fugaces, muchas de ellas innecesarias. Pero, dicen las directivas, ahí está la rentabilidad. Este dictamen del tiempo actual hizo que las universidades se abrieran al modelo educativo y de pensamiento que las corporaciones internacionales les impusieron. Y todo se volvió efímero. Legitimaron profesiones, disciplinas y títulos que serían de gran utilidad, no pensando sus currículos, sino adaptándolos al mercado de trabajo. Eso determinó una nueva característica en las titulaciones, lo que las hizo cuestionables porque su instantaneidad niega su perdurabilidad si se tiene que recurrir a las inaplazables acreditaciones. Esta es la completa fiebre del olvido.

Y aquel lugar que fuera fuente de libertad, hoy solo es el paraíso de los fantasmas que antaño, con espíritu selecto y hasta democrático, pensaban la sociedad y la incidencia del saber en ella. De manera que la tecnología y el pragmatismo, como formas de vampirismo, succionaron la vida y socavaron la independencia y la individualidad. Incluso enfermaron al hombre. Así, un funcionario administrativo o un consejero universitario, cada uno de ellos pensando en sus negocios particulares, tiene más peso que un intelectual. Bajo esta consideración, suspendidos en los imperativos económicos, no puede haber democracia. Por eso el cimiento psicológico del hombre contemporáneo radica en un aceleramiento constante de lo emocional en dirección a un producto circunstancial. Esta es la concreción de los estímulos con que se educan las personas desde la infancia, pasando por la adolescencia y la juventud desde el mundo de la familia, la escuela y la sociedad.

Ahora bien, como todo deber es una forma excesiva del ser, aquello que funciona sobre la base de lo efímero se ha convertido en lo permanente. Hoy la universidad funciona al tenor de lo que la sociedad y las empresas proponen como dinámicas de estímulo, uno que no centra la atención sino que la dispersa en la variedad, algo así como el sinsentido de la acción en favor de la siguiente acción sin sentido. Eso es estar al día en términos tecnológicos. Esa es la manera como las rutinas de la cotidianidad terminan por automatizarse y conducir la vida hacia el abismo de la inmediatez. Esto es lo que acaece en el mundo universitario. Llenos de aparatos sus espacios, lo que se ha demostrado es que tampoco estos han sido efectivos para salir de la ignorancia y el atraso económico. Pasar por encima de las cosas se ha convertido en el modo dominante de pensar y de estudiar. Hemos retornado a ser, como en las primeras divisiones sociales del trabajo, cazadores o recolectores de datos carentes de jerarquía y libres del propósito de verificación. Esta realidad educativa se observa en las universidades que introducen discursos de motivación

tecnológica con una ingenuidad que aterra. Entonces, el aparato se convierte en otra suerte de instrumento para estimular ciertas actividades de antemano programadas.

Pero sin una universidad pensante, todo se reduce a excusas económicas y organizativas, mientras seguimos esperanzados en que los residuos tecnológicos nos salvarán. Y para que no se diga que se estimula la ignorancia, las cosas se compensan con títulos que disimulan el analfabetismo. Es decir, la satisfacción instantánea se realiza en lo vacío. Hoy nada representa un tipo de dificultad. Nada se confronta. Claro, no se trata de renunciar al derecho que tiene todo hombre de entretenerse y disfrutar de lo simple; se trata de pensar las condiciones en que ese entretenimiento elimina lo otro y lo razonable.

La reflexión se sustituye por lo fácil: entonces aparecen las titulaciones baratas, los cursos al alcance de la multitud. Todo lo dominan las expresiones fáciles y rápidas. Pero así como todo es veloz, también todo tiende a moverse entre los espacios de la miniaturización y del gigantismo. Aparatos más pequeños y espacios de consumo gigantescos. La vida real ya no tiene como soporte lo natural del cuerpo. Y lo que soporta a las universidades no es el conocimiento, sino una serie de datos poco exigentes, divertidos y evasivos que determinan la construcción de un hombre conformista y consumidor, con la creencia de sentirse libre por un estímulo ideológico y sensorial configurado por el poder de la imagen. Por eso, frente a tal imagen de libertad, nada tienen que hacer los escritores, artistas, pensadores e intelectuales realmente comprometidos con el mundo del saber. Y no creo que haya solución para eso, porque el problema es que la vida es una práctica en vías de extinción, algo que ya forma parte de la arqueología.

Veo y siento el agobio de muchos universitarios y percibo su completo desinterés por vivir. Algunos hacen fuerza y resisten con sus tambores, pero esto es insuficiente, además de ser molesto y fastidioso. Todo fue arrasado por lo insignificante. Todo

valor cultural e intelectual, en un altísimo porcentaje dentro de las universidades, fue borrado. Naufragó la cultura en un mar de mierda. Todo ha quedado relegado a simple distracción y entretenimiento. Ya ni siquiera la literatura tiene valor, ni sirve para algo. No hay tiempo para leer. Así, lo imaginario, como ejercicio del pensamiento, ni siquiera sirve para dar cuenta del gesto solitario. La universidad no los desecha, los emplea para sus fines propagandísticos. Hasta se piensa en colectivo y se escribe a cuatro manos.

Lean a Freud. Esta es una recomendación, si se quiere, terapéutica. Señores profesores, señores estudiantes, ¿de verdad ustedes creen en que la educación va a cambiar las cosas, incluso los trastornos de la atención y la desmotivación? No, señores, hoy la educación no está al servicio de lo humano, sino de la producción. Estas son universidades que, como circos, tienen sus secciones especiales, donde se domestican fieras salvajes y se les hace entrar en razón para que, domesticadas, consuman. Y termina en la cabeza de los hombres, en sus sueños, aflorando no su deseo, sino el estímulo más elemental e irracional: comprar algo para tener la ilusión de ser feliz.

Lean a Freud si es que se quieren entender que la crisis económica no es el problema de la universidad. Ella solo estimula la capacidad de repetir. De repetir lo que los gurús económicos les dicen a sus ministros. Y por eso la universidad devino solo en fuente de información, sin impactos emocionales en el hombre y restringida en su profundidad, es decir, restringida respecto de la conciencia misma y el sentido de la vida. Por eso, reafirmando las palabras del brujo de Otraparte, Fernando González Ochoa, estas universidades son solo cementerios.

Ajenas por completo a la vida, aquí no interesan los valores. Solo se impone, en cualquier facultad, el perverso discurso alrededor del mercado laboral, causando física incapacidad de resistir el no ser competitivos ni poder alcanzar el éxito. Y ahí están expuestos los efectos del predominio de la razón instrumental en nuestras aulas, eso es pasar por encima de los afectos,

el deseo y el interés profundo que se pueda tener por el noble acto de conocer por conocer, sin ninguna finalidad intrínseca. Y por eso en la universidad no es conveniente pensar por sí mismo. Por eso la clase política le apuesta a la ignorancia o a la regulación que produzca los efectos buscados. La educación dejó de ser un discurso democrático desde cuando dejó de ser incluyente en el pensamiento y se redujo a ser incluyente respecto del mundo laboral.

Educación y democracia son conceptos que alejan al hombre de su realidad vital. Esto es, al pensar el problema de la educación y la democracia, surge una exigencia que requiere reposar en el concepto. Esto es pensar, y el pensar en nuestros tiempos y en nuestras universidades es una forma de la prisión. Y como nadie quiere vivir prisionero, entonces se inventan consuelos de libertad. La actitud intelectual, para aquel que vive lo inmediato, es una forma de la prisión. Se requiere de una sensación de libertad. Por eso el concepto de libertad está anclado en una sensación que resulta ser solo un estímulo sensorial.

Los hombres quieren tener algo más que conceptos. Quieren tener en sus manos la evidencia. Entonces, lo palpable se vuelve estímulo, sensación que toca esos impulsos, motivaciones y deseos de los que habla Freud. Esta parece ser la función en la que han caído las universidades: ya no hay un encierro para la exploración del concepto, más bien hay un movimiento en el que la sensación de libertad no se reduce al concepto sino a la evidencia.

Hasta los desastres ecológicos se convierten en fuente de recursos. A través de los discursos de una ecología fundamentalista se vende una sensibilidad abstracta cuyas consecuencias se alejan del entorno para pensar en un osito panda, en una especie de sacrificio o compromiso que da relax mental. Y por eso, como el ambiente es mercado, se generan nuevos programas académicos que ascienden de especialización a maestría y, muy posiblemente, terminen recalando en doctorados, porque eso es rentable.

Entonces, ¿cómo encontrar un equilibrio entre el concepto abstracto y su realidad tangible?, ¿cómo encontrar el equilibrio entre la idea de universidad y su realidad cotidiana secuestrada por los imperativos del mercado? Al comienzo de su obra *El mito de Sísifo*, Albert Camus señala que “no hay sino un problema filosófico realmente serio: el suicidio”. Pero creo que es posible ampliar hacia otras esferas el problema del suicidio como consecuencia de la negación de la libertad. Quiero decir con ello que las limitaciones en la libertad pueden conducir eventualmente al suicidio. Sin embargo, el suicidio como problema filosófico en Camus es una decisión y un efecto que resulta del pensar. Pero no del pensar en el procedimiento del acto, ni sus motivaciones, ni consecuencias morales, sino el acto mismo como un acto de libertad. Esto es entender que la experiencia de vivir y ser feliz corresponde a la superación de la muerte.

24

Soy un escéptico alrededor de cómo se piensa hoy, si es que se piensa, el sentido de las cosas y su sentido último. Por eso trato de entender cómo se llegó a la conclusión de que pensar es una pérdida de tiempo. Esta es una forma decente de vivir conforme a un ideal que resiste en el mundo globalizado. Esto es ir más allá de las preocupaciones inmediatas, figurándonos que la libertad nos puede procurar felicidad, así no nos encamine hacia el éxito. En este sentido, todo aquel que piense y se haga preguntas, será filósofo. Así, pensar y meditar es la única fuerza creadora que permite completar el sentido de las cosas. Filosofar es una manera de ser exhaustivos en lo que nos proponemos. Es darnos pausas para comprender las cosas e ir más allá de su definición, pues el concepto de *libertad* no puede seguir siendo un malentendido más. No es posible seguir viviendo en medio de la inconsciencia que prefiguran los actos irracionales de los que nos habla Freud.

Dado que ser libre es pensar de manera filosófica, por solo eso es necesario seguir reflexionando alrededor del concepto de libertad. No es posible que este concepto siga siendo

usado de manera imprecisa y casi abusivamente; en otras palabras, sin interrogantes trascendentales y cotidianos no puede haber una sociedad y, mucho menos, una universidad democráticas. De este modo, el motivo de las acciones humanas podría ser una experiencia humana determinada por el encuentro de filosofía y libertad.

El cuestionamiento filosófico debe ser un intento por pensar otras formas de lo imaginable. Una manera de comprender la constancia que requieren las ideas de libertad y de vida sana. La filosofía podría ser un destino que resista a la idea de realidad que se quiere imponer desde las pantallas y los audios. Se trata de entender cuestionando y, de este modo, esclarecer cuál es la naturaleza de la sociedad, cuál es el sentido de la democracia y qué tiene que ver todo ello con la universidad.

Por tanto, no se puede desconocer el significado de la palabra *democracia* y mucho menos su práctica ciudadana. Nunca se valorará el impacto del pensamiento y la ciencia sin estudiar a Platón, Aristóteles, Rousseau; sin reconocer a Habermas, evitando a Stuart Mill, sin explorar a Kant ni a Hegel, sin valorar a Schopenhauer, Nietzsche, Sartre, Descartes o Popper; sin reconocer la importancia del Renacimiento y el Barroco; sin aprecio por la belleza, la poesía y el arte literario; sin pensar a Freud. Las preguntas, entonces, serán: ¿cómo entender la sociedad y el entorno en que se vive?, ¿cómo reconsiderar el valor de la dignidad humana por encima del atropello mercantil y consumista?, ¿cómo hacer que lo literario, lo filosófico, lo artístico y lo educativo tengan realmente un lugar importante para el individuo en una sociedad como la colombiana?, ¿cómo pensar el problema de la libertad y el buen vivir para superar los lastres del pensamiento mafioso que dominan?

Digámoslo seriamente: mientras las universidades sigan siendo lo que hoy son, seguirán siendo solo cementerios y quienes vagamos por sus pasillos, sombras de viejos ideales.



En alguna ocasión  
Oscar Wilde dijo  
que pensar era  
malsano y que  
algunos hombres  
morían de ello;  
aunque esta  
afirmación tiene un  
hálito literario,  
fueron los

**PENSAR ES MALSAÑO**

empresarios quienes  
mayor beneficio  
le sacaron a tal  
expresión. Por  
ello no resulta  
extraño que hoy  
se haya vuelto  
común aquello de  
aceptar que estamos  
inevitablemente  
abocados

**E**n alguna ocasión Oscar Wilde dijo que pensar era malsano y que algunos hombres morían de ello; aunque esta afirmación tiene un hálito literario, fueron los empresarios quienes mayor beneficio le sacaron a tal expresión. Por ello no resulta extraño que hoy se haya vuelto común aquello de aceptar que estamos inevitablemente abocados a la globalización y que el destino de la educación solo se puede pensar en términos de competitividad y eficacia.

Bajo este criterio se impuso sin la menor vergüenza un enfoque empresarial a los eventos del saber. Para qué pensar si ello fatiga. Y así, poco a poco, el culto a las llamadas “herramientas tecnológicas” fue mostrándose como la única salida legítima en los procesos de conocimiento, a la vez que se escondía la real distancia que hay entre el desarrollo material y el desarrollo espiritual del hombre bajo la frágil suposición de una libertad ilimitada en los procesos de aprendizaje. Con esta perspectiva el centro de la educación dejó de ser el hombre, por ser un obstáculo pensante, para ser sustituido por la información. De aquí se desprende una constante especialización y un incremento sobredimensionado de la interdisciplinariedad. Peor aún, el maestro se sustituye por el tutor electrónico.

En el centro de la discusión sobre la calidad de la educación, el carácter formativo de las instituciones del conocimiento se convirtió en un modelo cualificado de entrenamiento con fines de austeridad, lo que dejó entrever que todo asunto educativo es un gasto irrecuperable. Al tenor de este discurso, los nuevos modelos educativos tienden a eliminar los conceptos aparentemente obsoletos de la educación para entronizar las funciones que debe tener la educación con arreglo al interés de los grupos corporativos de carácter privado. En este sentido, lo útil es aquello que, vinculado al trabajo, permite ahorrar en gastos y aumentar la rentabilidad. Es sencillamente una exaltación desmedida del trabajo como ideal y de la impotencia existencial.

En un giro engañoso se simula la superación de lo individual por lo colectivo con el soporte de la retórica del trabajo en equipo. No resulta extraño que el honor del saber sea sustituido por el modelo empresarial de las competencias. El actual proceso parece largo al escrúpulo del tiempo perdido, por ello los procesos de enseñanza se proponen cortos y simples, en otras palabras, eficaces. Pero ¿y el aprender para la vida? Esto ya no importa porque la vida misma ha sido relegada a la única función que hoy se le otorga: la producción y lo que esté a su alcance.

Por lo demás, comienza a ser una realidad en nuestro medio la amenaza de que las instituciones que no incorporen en sus estrategias académicas este modelo verán extinguir el soporte de su funcionamiento. De este modo, contaminado el concepto natural de formación, es posible que el mismo concepto de democracia sufra dicho proceso, porque es claro que en nuestra época esta forma política de equilibrio y justicia se ofrece como un obstáculo. Lo más grave es que ciertos funcionarios educativos piden a grito desahogado cumplir con las tareas y el cronograma estipulado en el plan, como para no seguir pensando.

(Publicado originalmente en: *Correo del Orinoco*.

Universidad de los Llanos.

Villavicencio. N.º 3. Año 1. 17 de diciembre de 2004, p. 8)